

<https://doi.org/10.29393/At418-148EPRA10148>

ENTREGA DE LOS PREMIOS "ATENEA" 1965-1966

En un acto académico realizado el 6 de diciembre de 1967 en el auditorio de la Escuela de Educación, se entregaron los Premios "Atenea" Científico, de Ensayo y Literario correspondientes a obras publicadas en 1965 y 1966.

En dicho acto hablaron el Rector de la Universidad, Dr. Ignacio González Ginouvés y el Dr. Rodolfo Oroz, quien agradeció en nombre de los premiados. También habló, en la comida que se ofreció a los agraciados, el profesor Eugenio Pereira Salas.

Damos a continuación los respectivos discursos.

DR. IGNACIO GONZÁLEZ GINOUVÉS

De los actos académicos que me corresponde presidir como Rector de esta Casa de Estudios, muy pocos son más gratos que éste en que se entregan —anualmente— los galardones correspondientes a los autores de las obras que han sido distinguidas con los Premios "Atenea".

En 1966, por razones ajenas a nuestra voluntad, no se realizó la entrega de los Premios correspondientes a 1965. Hoy, en consecuencia, tenemos con nosotros a los premiados de 1965 y 1966.

Son por eso, seis los beneficiarios en esta ocasión, pero no corresponden ellos a los seis Premios: en 1966 no se otorgó el Premio Literario Atenea porque el jurado responsable no adjudicó méritos suficientes a ninguna de las obras consideradas; solicitó en cambio, un segundo Premio Científico en razón de que había dos de gran mérito, que trataban temas diferentes, lo que no hacía posible la decisión.

Las obras premiadas son así las siguientes:

Año 1965:

- Novela: *El Peso de la Noche*, de Jorge Edwards.
- Ensayo: *El Cautiverio Feliz en la vida política chilena del Siglo XVII*, de Sergio Correa Bello.
- Científico: *Geología y Yacimientos Metalíferos de Chile*, de Carlos Ruiz-Fuller.

Año 1966:

- Ensayo: *Historia del Arte en el Reino de Chile*, de Eugenio Pereira Salas.
- Científico: *Reptiles de Chile*, de Roberto Donoso Barros.
- Científico: *La Lengua Castellana en Chile*, de Rodolfo Oroz.

Mucho podría decirse de las obras que hoy premiamos, y de sus autores. El mejor elogio es, por cierto, que se les haya otorgado el Premio que en esta ceremonia entregamos. Como información no obstante transcribo a Uds. las partes pertinentes de los informes que permitieron al H. Consejo Universitario dar su veredicto.

Respecto al Premio Literario concedido a Jorge Edwards por su novela *El Peso de la Noche*, el Jurado manifestó, entre otras cosas, lo siguiente: "Si bien se plantea en *El Peso de la Noche* un tema que había sido enfocado por José Donoso en *Coronación* y por Fernando Rivas en *Los últimos días* referente al desmoronamiento de las clases aristocráticas de la sociedad chilena, Jorge Edwards revela en su novela originalidad en su estructura narrativa y en el estilo. Bien se podría sostener que este escritor mantiene la mejor tradición novelesca de nuestra literatura superando el realismo minucioso y local; incluso hay capítulos que lindan con el surrealismo. La crítica fue unánime en juzgar esta novela como una de las mejores publicadas en 1965; lo cual también se manifestó en las encuestas que hicieron varias revistas para señalar las más destacadas novelas editadas ese año. Además, debe subrayarse el hecho de que este libro fue seleccionado en el concurso anual de novelas hispanoamericanas por la importante Editorial Seix Barral de Barcelona".

En cuanto al Premio de Ensayo otorgado al profesor Sergio Correa por su obra *El Cautiverio Feliz*, el informe expresa lo siguiente: "la obra mencionada reúne los requisitos del ensayo, y por la novedad que imprime el autor al desarrollo del tema al combinar en forma original el arte de expresión literaria con los métodos de investigación y razonamiento, enriqueciendo así nuestras ideas tradicionales sobre el asunto, se hace merecedor de esta distinción".

Sobre el Premio Científico, se estampa la siguiente opinión: "Me impuse de la única obra que puede merecer el Premio Científico 1965, *Geología y Yacimientos Metalíferos de Chile*, del profesor Carlos Ruiz Fuller, Director del Instituto de Investigaciones Geológicas de la Universidad de Chile, como también del informe emitido por el profesor Carlos Galli del Instituto Central de Química sobre esta misma obra. Además consulté al profesor Alexander Sutulov de la Escuela de Ingeniería y Especialista de la materia que trata el libro del profesor Ruiz.

"En atención a los comentarios favorables de los dos especialistas consultados y de impresión personal, estimo que la obra del profesor Carlos Ruiz se hace meritoria al Premio Científico Atenea 1965".

Paso ahora a referirme a las obras premiadas en 1966. Como ya lo expresé, no se concedió el Premio Literario; en cambio se dieron dos Científicos además del correspondiente a Ensayo.

Entre los Premios Científicos cabe señalar primeramente el trabajo *La Lengua Castellana en Chile* del Dr. Rodolfo Oroz, obra acerca de la cual se han escrito elogiosos comentarios, algunos de los cuales sirvieron para fundamentar que se premiara este libro. Me voy a limitar a reproducir el acápite final del estudio que le ha hecho el Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Austral, profesor Guillermo Araya: "Este trabajo del profesor Oroz debe ponerse junto a los de D. Andrés Bello y a los de Rodolfo Lenz. Su trayectoria científica dentro de la lingüística y la filología sólo admite comparación justa y fundada con la labor desarrollada en Chile por aquellos grandes humanistas. Este libro tiene el carácter de fundacional y clásico —desde el momento mismo de su aparición— como lo tienen para sus dominios respectivos la *Gramática* de Bello y el *Diccionario Etimológico* de Lenz. La Dialectología del español de Chile tiene ya su piedra miliar y su primera madurez en el estudio del profesor Oroz. Así como los libros de Bello y de Lenz han continuado, en Chile, sin émulos, tarea imposible, lo mismo ocurrirá con el libro del Dr. Oroz. Aquellos filólogos trazaron de modo insuperable un camino sólido y fecundo con su *Gramática* y su *Diccionario*; *La lengua castellana en Chile* del profesor Oroz, cumple la tarea de su tiempo haciendo lo mismo en relación con la Dialectología chilena.

"El libro tiene una dedicatoria que dice así: "A la memoria de mi excelente amigo D. Rodolfo Lenz". La gratitud, cariño y respeto que el profesor Oroz profesa a Lenz en esta dedicatoria, se trasunta también a lo largo de su monografía. Y esta actitud humana positiva e insuperable en su género no deja de ser una de las lecciones más importantes que se contienen en este libro. Es profundamente grato que el único maestro chileno de la filosofía, parangonable a esos insignes sabios extranjeros chilenizados, sea capaz de ser ejemplar incluso en este orden de actitudes. Ejemplaridad moral y científica, ejemplaridad máxima".

Sobre la obra del Dr. Roberto Donoso Barros, *Reptiles de Chile*, en el informe se dice sobre otras cosas: "Se trata de un trabajo completísimo,

una verdadera monografía de los reptiles chilenos, que viene a llenar, por su calidad y presentación, una necesidad que desde mucho tiempo atrás se hacía sentir en los medios científicos de nuestro país, y en todos aquellos que quisieran conocer en forma ordenada y concreta la parte principal de nuestra fauna herpetológica.

"Creemos que esta excelente publicación herpetológica supera con creces, por la cantidad de conocimientos aportados y por la enormidad de problemas que resuelve, a otras —sin duda valiosísimas— en el campo de la Botánica y de la Biología General.

"Por los antecedentes anotados, esta Dirección se permite recomendar esta obra para que se le distinga con el Premio Científico Atenea 1966".

Acerca del Premio Ensayo otorgado a don Eugenio Pereira Salas por su *Historia del Arte en el Reino de Chile*, el crítico de la Revista "Atenea", don Antonio R. Romera, manifiesta lo siguiente: "La obra del profesor Pereira Salas supone dentro de la literatura científica, que raramente se estampa en nuestro país, un suceso muy importante. El estudio que el Sr. Pereira Salas realiza sobre las distintas vertientes del desarrollo artístico en Chile es minucioso, pormenorizado y abarca la totalidad de las diversas corrientes. Para nadie es secreto que el campo de las investigaciones de las Bellas Artes es entre nosotros un campo yermo. Por otra parte, la indigencia de fuentes y la ausencia de tradición artística han retrasado hasta ahora los estudios y los puntos de vista esclarecedores.

"Las deficiencias anotadas han sido más que superadas por el clarividente y luminoso volumen del profesor Pereira. Desde ahora no va a ser posible que los maestros de estética se excusen de explicar el desenvolvimiento del arte nacional pretextando la ausencia de material informativo y la imposibilidad del acceso a los repertorios iconográficos.

"Libro utilísimo, pero, a la vez, libro muy bello. Además de su abundante y valiosa exornación con preciosos y raros documentos gráficos, la *Historia del Arte en el Reino de Chile* está escrita en una prosa clara y a la vez castiza y moderna. Creo que de los libros dados a la estampa en los últimos años éste es el más importante. Es honra y prez de la docencia chilena".

El Premio Atenea fue instituido hace 38 años como un estímulo a las letras chilenas. Prueba de su prestigio y del crecimiento del ambiente cultural chileno es que al Premio Literario se haya tenido que agregar, primero, un Premio Científico Atenea y, desde hace tres años, un Premio Ensayo Atenea.

•

Dije que era para mi sentir, altamente placentera esta ocasión en que hacemos entrega de los Premios Atenea.

Las tres funciones universitarias: buscar y adelantar el conocimiento; transmitirlo, y difundirlo, convergen en esta ocasión y se hacen una: premiamos a quienes *crean* conocimiento, valores culturales o espirituales;

lo *transmiten* a través de la palabra, donosa de las bellas letras, sobria del ensayo y precisa de las ciencias, y lo *difunden* para que otros lo gocen a través del libro.

Es coincidencia no buscada, que las 6 obras que hoy premiamos se refieran: la Literaria, a nuestro ambiente; las Científicas, a nuestra Zoología, a nuestro español de Chile y a nuestra riqueza mineral; las de Ensayo, al arte colonial chileno y a una obra literaria que es al mismo tiempo fuente histórica.

Creo que es éste un hecho digno de destacarse, porque revela cómo, poco a poco, vamos superando tanto el extranjerismo de segunda mano como el criollismo lugareño; conociendo, aceptando, valorando, nuestra realidad; exponiéndola sin exaltarla ni degradarla; haciéndola objeto de inspiración, respeto y estudio. Es un signo inequívoco de progreso en la serenidad y maduración de nuestro medio cultural.

También es digna de destacarse la variedad temática de las obras premiadas. Con notable eclecticismo, los Jurados han premiado tantos trabajos científicos, pero que apuntan directamente a la investigación de la riqueza de nuestro territorio y por lo tanto, de indudable importancia para nuestra economía y desarrollo, como estudios de carácter también científico, pero menos utilitario como es el conocimiento de nuestros reptiles o de nuestra lengua y, por último, obras de carácter histórico, literario o estético.

Los Premios Atenea no tienen otro valor que el que les confiere la continuidad y la seriedad con que han sido conferidos, durante los 38 años de su existencia. Ello ha hecho su prestigio y la Universidad cuida de que esta tradición no se malogre.

Se premia a obras de destacado valor y a través de ellas, a sus autores. Es, por eso, también digna de destacarse la condición de las personas que reciben hoy este premio a su talento. La calidad de sus especialidades e intereses, las variadas etapas en que están en sus vidas, demuestra cómo en nuestro país, a pesar del ambiente no siempre favorable para la investigación, el estudio o la creación, las generaciones no descansan y los ejemplos provocan y estimulan, y que, si bien la capital concentra mayor número de valores, no están desprovistas de ellos las provincias.

No creo necesario hacer una reseña biográfica de nuestros agraciados. Tengo, sin embargo, que cumplir con el uso que prescribe presentarlos, aunque sea en muy breves palabras.

Don Jorge Edwards es un hombre joven, y una pluma destacada y fecunda. Estudió Leyes, pero ha dedicado a la literatura lo mejor de sus esfuerzos. Hizo estudios sobre Política Internacional en la Universidad de Princeton en los Estados Unidos, y fue desde 1962 hasta este año Secretario de la Embajada de Chile en París. En 1961 obtuvo el Premio Municipal de Santiago con su *Gente en la ciudad*; en 1962 publicó *Patio*, muy bien acogido por la crítica; en 1965 dio a la imprenta *El peso de la*

noche, que le ha valido el Premio Atenea. Podría decirse de él, dados estos antecedentes, que es un hombre del cual la literatura chilena puede esperar mucho.

Don Sergio Correa Bello es profesor de Historia y Geografía. Fue ayudante de Historia de América en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Actualmente es profesor en el Centro Universitario Regional de Antofagasta. Ha dedicado singular interés y esfuerzo a la investigación histórica. Ha participado en varios seminarios y mesas redondas de su especialidad. Hoy premiamos su estudio novedoso y muy completo sobre *El Cautiverio Feliz* de Pineda y Bascuñán, que en 1965, obtuvo, también, Premio Miguel Cruchaga Tocornal de la Academia Chilena de la Historia.

Don Carlos Ruiz Fuller es Ingeniero de Minas, titulado en 1940. Ha hecho una brillante carrera en su especialidad, ocupando posiciones destacadas. En 1954 fue Subsecretario de Minería; desde 1958 es Director del Instituto de Investigaciones Geológicas. Ha participado en numerosos congresos y reuniones científicos internacionales y es miembro de prestigiosas entidades científicas de su especialidad. Ya nos hemos referido a su trabajo sobre *Geología y Yacimientos metalíferos de Chile*, que es una contribución valiosísima al conocimiento de tan importante tema.

Don Eugenio Pereira Salas es profesor de Estado en Historia. Completó sus estudios en la Universidad de París y ha orientado sus inquietudes de investigador hacia la historia de América y de Chile, y especialmente hacia la historia del arte americano. Además de sus labores docentes en el país, ha sido profesor invitado en Buenos Aires, Chicago y Washington. Ha sido autor de *Historia del Arte Musical en Chile*; *Apuntes para la historia de la cocina chilena*; *Juegos y alegrías coloniales de Chile*; *La arquitectura chilena en el Siglo XIX*, y muchas otras publicaciones de extraordinario valor e interés. Es miembro de la Academia Chilena de la Lengua; Presidente de la Academia Chilena de la Historia; Secretario de la Sociedad de Historia y Geografía, y miembro de numerosas instituciones de su género en el mundo entero. Ha sido Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile.

El Sr. Pereira Salas es uno de los más destacados valores chilenos y latinoamericanos en el campo de la Historiografía.

Don Roberto Donoso Barros es médico, titulado en 1946; pero su vocación lo llevó pronto por el campo de las ciencias y abandonó la medicina para dedicarse a la biología. Su memoria para recibirse como médico versó sobre "Moscas Parásitas del Hombre". Fue ayudante de la Cátedra de Biología de la Escuela de Medicina y profesor de Biología en la Universidad de Chile. Ha escrito esta obra completísima sobre los reptiles de Chile, y en este momento cumple un compromiso con una Fundación norteamericana para publicar un estudio sobre los reptiles latinoamericanos. Este compromiso lo retiene en Washington y ha impedido que venga en persona a recibir su premio.

Parecería ocioso presentar a Uds. al Dr. Rodolfo Oroz. Catedrático destacado, educador de larga trayectoria, investigador incansable, acucioso y fecundo, ha dedicado una vida entera al estudio, la docencia y la investigación. Es, a través de Lenz y Hansen, el continuador de la tradición de Andrés Bello, y uno de los valores más eminentes de la filología española y latinoamericana; su prestigio ha traspasado las fronteras de nuestro país. Es miembro de la Academia Chilena de la Lengua correspondiente de la Española; miembro de la Academia de la Historia, y de muchas otras instituciones nacionales y extranjeras. Fue, por largos años, Director del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. En este momento desempeña también la presidencia del Instituto de Chile.

Es grato, repito, hacer lo que estamos haciendo, premiar la capacidad y el mérito. Dan Uds., señores, con su presencia aquí y porque son lo que son, prestigio a esta Casa y ejemplo y poderoso aliento a los que la habitan.

Los felicito muy cordialmente y deseo en nombre de la Universidad de Concepción, que este Premio llegue a Uds. como el reconocimiento de su talento y de lo que cada uno ha hecho y seguirá haciendo por el bien y el progreso de la cultura de nuestra patria.

Les hago entrega de los diplomas que acreditan el galardón que reciben, y estrecho cordialmente su mano en nombre de la Universidad de Concepción.

DR. RODOLFO OROZ

Doy mis cordiales y respetuosas gracias al Sr. Rector de la Universidad de Concepción, Dr. D. Ignacio González Ginouvés, quien no sólo ha venido a solemnizar con su presencia este acto académico, sino, además, a participar de un modo directo en él, haciendo uso de la palabra para recalcar las razones por las cuales la Universidad de Concepción ha tenido a bien conferirnos tan alta distinción, colmándonos, a la vez de elogios y honores. Pero, por lo que respecta a mí, debo decir que la ponderación excesiva de mis posibles méritos se debe, por cierto, a la generosidad natural de su corazón de amigo, pues estoy lejos de tener la vanidad de creer que esta manifestación de simpatía y estas deferencias se dirigen exclusivamente a mi persona; por el contrario, estoy seguro de que se extienden, por lo menos por igual, a la institución que tengo el honor de representar, es decir, la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Y esto es lo que me llena de orgullo.

Haber recibido el Premio Científico "Atenea" es para mí la más brillante recompensa por una labor consagrada íntegramente al servicio de la Universidad. El señalado honor que con ello se me acaba de dispensar supera todas las aspiraciones que pudiera haber tenido en la trayectoria de mi trabajo de investigador, y nunca he deplorado más que en el día

de hoy no poder expresar por medio de la palabra el hondo sentimiento de gratitud que guardo a esta ilustre Casa de estudios.

En verdad, son muy antiguos e íntimos los lazos que me ligan a la Universidad de Concepción y, en particular, a esta Escuela, en cuyas salas me hallo como en mi propia casa, pues de ella he sido huésped periódicamente, sobre todo en las diversas épocas de exámenes, durante más de treinta años como delegado oficial de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Chile.

Fue en 1926, cuando tomé, por primera vez, contacto más estrecho con esta Universidad que en esos años todavía estaba en la etapa de su adolescencia, y tuve la buena suerte de trabar, en su seno, muchas amistades que fueron aumentando con el tiempo y que han perdurado sin variar hasta el momento actual.

Desde aquel entonces he seguido con vivo interés y honda simpatía el camino que la Universidad ha recorrido, observando su desarrollo continuo y tenaz hasta su presente de plenitud.

Ahora, el H. Consejo Universitario de este plantel de altos estudios me ha creído merecedor de tan codiciado premio como es el de "Atenea", por mi libro sobre la lengua castellana en Chile.

Pienso que es esta la oportunidad para agregar unas pocas observaciones sobre este libro mío, a fin de aclarar ciertos conceptos y puntualizar una vez más mi posición frente a determinados problemas lingüísticos, aunque creo haber sido bastante explícito y exacto en todos los puntos. Si se me permite una breve digresión en este sentido, yo podré contestar al mismo tiempo una pregunta que me formuló uno de los comentaristas de mi libro, pregunta que está tal vez también en los labios de varias personas aquí presentes.

Se trata de algo que no mencioné y a que no quise referirme en mi libro, porque sencillamente no cabía dentro de las finalidades que me había propuesto.

Pues bien, se me preguntó, cuál sería el criterio, según el cual pudiera afirmarse, sin vacilar, que en Chile hablamos mal el español, como se ha dicho en tantas ocasiones. Eso de "hablar mal" quiere decir "hablar incorrectamente", con lo que llegamos al problema de la corrección idiomática y este asunto era ajeno a mis propósitos, pues en mi libro pretendí ofrecer sólo una *descripción* objetiva, desapasionada y serena de los fenómenos lingüísticos, prescindiendo de mi calidad de académico, es decir prescindiendo de las preocupaciones del purista que "limpia, fija y da esplendor".

Pero ya había contestado, en verdad, hace muchos años, tan inquietante pregunta y precisamente aquí en Concepción, a propósito de una entrevista con un redactor del diario "El Sur". Puedo resumir mi opinión de la siguiente manera:

Por lo que he observado hasta ahora, en Chile no hablamos peor que

en otros países americanos de lengua hispánica. Cualquier otro juicio no me parece imparcial.

En una comunidad lingüística, considerada en el plano nacional, evidentemente, no hay sólo una norma sino varias, las que se diferencian de acuerdo con los diversos niveles culturales correspondientes a los diferentes sectores sociales. Si, por ejemplo, una persona iletrada le dice a otra de esa misma clase social: "Tá bien siempre que no haigan más de tres gallos", y el otro le contesta: "Pero habemos cinco", estas formas *haigan* y *habemos* se consideran perfectamente lícitas y corresponden a norma lingüística de ese grupo social. Son "correctas" para esas personas.

Pero, en las esferas superiores, entre gente culta, el ideal de lengua es distinto y el lenguaje se rige por otra norma, o para ser más preciso, por la norma académica, la de la Real Academia Española.

Yo no soy —como académico— purista exagerado, y, en verdad, hoy no tiene sentido un purismo intransigente; y estimo que la Academia debe modificar también de cuando en cuando su criterio normativo o más bien su ideal de lengua, tomando en cuenta las tendencias imperativas de la época que encuentran un eco en toda la comunidad lingüística.

No obstante, hay siempre deberes en defensa del idioma que obligan a toda persona culta, pertenezca o no a una Academia, a estar sobre aviso ante ciertos peligros, sobre todo aquellos que constituyen una amenaza para el nivel cultural. Para evitar que la lengua culta —escrita y hablada— descienda en altura y llegue a aplebeyarse, será preciso impedir que se introduzcan en el habla formal culta expresiones de un nivel inferior. Será preciso, pues, que en círculos cultos, no se diga ni se escriba, por ejemplo: "Compro fundo, cualesquiera que sea la extensión del terreno", en vez de "...cualquiera que sea...", pues el uso de *cualquiera* como singular es un arcaísmo, hoy en día relegado a la norma del lenguaje rústico o a lo que los ingleses llaman "substandard". Conviene advertir también que las frecuentes construcciones del tipo "opino de que, digo de que, pienso de que", etc., que se oyen a cada instante, incluso entre personas muy ilustradas —las he escuchado a ex Presidentes de la República y a Ministros de Estado— no pueden considerarse, a pesar de su frecuencia, legítimas del habla formal culta, sino con cierta indulgencia, pequeños lunares de ella, pero que importa eliminar. Es igualmente inadmisibile, en esos niveles culturales, hablar de un "intercambio automotriz" o "el sector automotriz", verdadera monstruosidad idiomática con que se ofende y deslustra al buen romance y que se nos presenta casi todos los días en la prensa, aun en la de mayor prestigio. Es novísima creación de nuestra era mecanizada, pero que de parte de su inventor demuestra suma ignorancia, queriendo aparentar erudición en materia de lenguaje. En estas expresiones censuradas no hay pureza ni propiedad; además no se advierte la imperiosa necesidad que es la única que puede justificar la creación de un neologismo. Me temo que la expresión ilógica "industria automotriz", en lugar de "industria

de automóviles" o "industria de vehículos motorizados", como se dice correctamente en España, se imponga definitivamente tal como se impuso el ilógico "obrero cuprífero, carbonífero", etc.

No pretendo ofrecer ahora el fruto de mi afición limpiadora del lenguaje; podría citar una larga lista de ejemplos parecidos que, lamentablemente, son síntomas de una peligrosa pérdida de la conciencia lingüística que, de un modo fatal, tendrá que llevarnos a un serio conflicto.

Para remediar a tiempo el avance de un mal de esta naturaleza y de otros similares, de graves consecuencias, es indispensable conocer previamente la auténtica realidad lingüística de nuestro país. Sólo así se podrán descubrir los puntos débiles de la enseñanza del idioma patrio, y los focos de donde se expanden los influjos dañinos y luego aplicarse las medidas terapéuticas convenientes. Por eso emprendí la tarea de estudiar este aspecto de nuestra cultura: nuestra propia lengua. Hubiera preferido realizar un antiguo sueño, el Atlas lingüístico de Chile, mas hasta la fecha no ha sido posible obtener los medios necesarios para llevar a cabo este proyecto.

Sin embargo, con los resultados de mi libro, que ha encontrado tan benévola acogida, creo haber ofrecido una base para futuras investigaciones que nos permitirán encontrar el camino para elevar el nivel de la educación idiomática.

Para lograr esta meta será imprescindible conjugar siempre la investigación con la docencia; pues esta última sin la primera quedará invariablemente incompleta y en notoria desventaja, ya que el mérito o prestigio científico de un profesor universitario se determina por el volumen y valor científico de sus trabajos de investigación.

Ya no cabe discusión acerca del hecho de que un firme lazo debe unir la investigación científica y la enseñanza académica; sólo este vínculo hará posible la formación de personal docente de alta calidad que señalará el verdadero nivel espiritual de la institución y en el cual descansará su prestigio.

Hoy más que nunca será un requisito indispensable el que un profesor universitario no sólo tenga el dominio científico absoluto de la materia de su especialidad sino que contribuya a la vez al adelanto de la ciencia mediante su propia y permanente investigación.

Por fortuna, así lo ha comprendido, desde hace tiempo, el Cuerpo Directivo de esta Casa de estudios, instituyendo estímulos para fomentar la investigación científica. Uno de éstos es el Premio "Atenea" que nos ha cabido en suerte obtener este año.

Para mí este galardón es más bien una recompensa por la tarea cumplida y por eso también motivo de íntima satisfacción; pero, en otros casos, tratándose de investigadores jóvenes será un justo y merecido incentivo para continuar en su meritoria labor.

Sólo me resta cumplir con el honroso encargo de mis colegas de la Facultad de Filosofía y de la Universidad de Chile, D. Eugenio Pereira

Salas, distinguido con el Premio "Atenea", en el género "Ensayo", por su magnífica obra *Historia del arte en el Reino de Chile*, y D. Roberto Donoso, agraciado con el Premio Científico por su excelente libro sobre los *Reptiles de Chile*, y reiterar a las autoridades de la Universidad de Concepción nuestros más profundos y sinceros agradecimientos: ¡Muchas gracias, en nombre de todos!

PROF. EUGENIO PEREIRA SALAS

"Comer solo —solipsismus convitorii, diría el Dr. Oroz— es para el fundador de la filosofía moderna, Emanuel Kant, no restauración sino exhaustión: trabajo agotador, no juego vivificante de los pensamientos. El hombre que goza, devorándose a sí mismo en el pensar durante la comida solitaria —dictamina Kant en su *Antropología*—, pierde paulatinamente la jovialidad, que adquiere, por el contrario, cuando un compañero de mesa le ofrece con sus cambiantes ocurrencias nueva materia de vivacidad, que él mismo no ha podido rastrear".

Presumo que el filósofo llevaba en su pensamiento el modelo del simposio platónico, y por eso, en este banquete que preside con noble apostura moral e intelectual el Rector de la Universidad de Concepción, Dr. Ignacio González Ginouvés, pido la venia para glosar como la ocasión requiere, el sentido al parecer unívoco de la rotunda palabra "gracias", que brota de nuestro corazón.

En la solemne sesión académica de esta tarde, el Dr. Rodolfo Oroz, con la sobria elocuencia del sabio que pesa las palabras y encuentra su profundo significado, expresó el agradecimiento colectivo de los agraciados con el Premio Atenea, galardón que discierne la Universidad de Concepción, que nos honra y ennoblece. Al pronunciar la sagrada palabra gracias y su corolario de estar obligado, estamos estableciendo un vínculo recíproco que nace espontáneamente de nosotros mismos en una voluntaria entrega al servicio espiritual.

En el crepúsculo de su magnífica existencia, Goethe escribía en su *Poesía y Verdad* estas frases que cito en el prólogo de la obra premiada a manera de epígrafe y que suelo repetir: "Acostumbro acordarme con gusto de cómo conseguí todo lo que poseo, de quién lo recibí, si de regalo, por trueque o de alguna otra manera". Esta oración nos vincula, une a las generaciones a ser representadas.

Si el hombre se crea a sí mismo, surgiendo de las esencias vivas de la disposición humana, la vida no es un cotidiano plebiscito sino una continuidad para aquellos que creen en la eternidad de los valores. "Cada generación representa —ha escrito Jasper— un algo entre dos infinitos, el pasado y el futuro". Nosotros, sin duda, vemos más que nuestros antecesores, nuestra mirada se expande en el tiempo y en el espacio, pero debemos recordar a la manera de Goethe, para ligarnos a lo que fue y

a lo que vendrá, las claras sentencias de San Anselmo "vemos más porque estamos sentados sobre los robustos hombros de los seres que nos han precedido".

No estamos, pues, naciendo ahora. La enseña latina de "universalia sunt realia" debe ser la de las presentes generaciones. Viejos y jóvenes estamos unidos en la voluntad de servicio por la causa del progreso cultural.

Quisiera terminar esta glosa deshilvanada, pero sincera sobre la gratitud, la continuidad y el vínculo, objetivando nuestro pensamiento. Venimos en amable jornada que ustedes han transformado en gozosa, a recibir el Premio Atenea que nos honra y que agradecemos profundamente. Establecemos ahora nuevos vínculos más estrechos con esta histórica Universidad de Concepción, creada en el seno de la ilustrada comunidad pencona al llamado generoso y vital de don Enrique Molina, eterna presencia entre nosotros, universitarios. Agradecemos a su digno continuador el Dr. González Ginouvés, al que nos liga el profundo aprecio por su valiosa tarea en el campo de la ciencia y de la educación. No somos ajenos a la vida dinámica de esta nobilísima ciudad, frontera en los siglos peligrosos, alma mater de alta espiritualidad.

En pasados tiempos acudimos con placer a compartir responsabilidades con los maestros del Liceo y la Universidad en la hora ingrata del examen que nos resultó placentera y fecunda. Hemos visto surgir en la diaria y dinámica actividad de sus hombres las empresas que han vitalizado la economía nacional, y hemos visto renovarse sin desmayo ni descanso la trascendente misión de la Universidad, indicando las rutas y senderos para cumplir los más altos ideales humanos.

Para nosotros es profundo el significado de esta reunión amical y por eso, desde el fondo de nuestro corazón os decimos, señor Rector, gracias, muchas gracias, elevando la copa del brindis por vuestra ventura personal y por la Universidad de Concepción, a la que tan brillantemente representáis.